

PROFECÍAS

ROGER M. PERUGA
PAU SITJAR

PROFECÍAS

MEMORIAS DE HARLECK IV



MARLOW

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la cubierta: Salvad Ardid Asociados



MARLOW

es un sello editorial propiedad de



Primera edición: noviembre de 2018

© Roger Martínez Peruga y Pau Sitjar Poca, 2018

© de la presente edición: Edhasa, 2018

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelonas

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-92472-70-3

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 24462-2018

Impreso en España

Índice

Capítulo I. Tras la puerta	15
Capítulo II. Dolor oculto	24
Capítulo III. El paladín del mal	35
Capítulo IV. Tras el telón.	52
Capítulo V. Primeros pasos	68
Capítulo VI. Redención	77
Capítulo VII. Hacia el sur	87
Capítulo VIII. Clandestinos	105
Capítulo IX. Kaak Okol	118
Capítulo X. El Señor del Fuego	130
Capítulo XI. Afligidos	133
Capítulo XII. Deseos de gloria	145
Capítulo XIII. La mano negra	158
Capítulo XIV. El pupilo	170
Capítulo XV. «As'kua».	182
Capítulo XVI. Malas noticias	193
Capítulo XVII. Elección	204
Capítulo XVIII. Un sirviente del reino	216
Capítulo XIX. Kotta Gamur.	227
Capítulo XX. El retiro	243
Capítulo XXI. Orgullo imperial.	253
Capítulo XXII. Maestro de Maestros	267
Capítulo XXIII. Un largo camino.	283
Capítulo XXIV. La senda a seguir	296
Capítulo XXV. Cien héroes	307
Capítulo XXVI. Impotencia	311
Capítulo XXVII. Mi camino.	322

Capítulo XXVIII. Revuelta	335
Capítulo XXIX. El Ushack	350
Capítulo XXX. Dos hermanos y una hoguera	364
Capítulo XXXI. El camino del Elegido	376
Capítulo XXXII. Última baza	389
Capítulo XXXIII. Nojoch K'uj	400
Capítulo XXXIV. Búsqueda	408
Capítulo XXXV. Un nuevo rumbo	430
Capítulo XXXVI. El rey de los marcados	441
Capítulo XXXVII. Dioses sobre la tierra	457
Capítulo XXXVIII. La Gran Cámara	473
Capítulo XXXIX. Un hombre de honor	488
Capítulo XL. Despedida	496
Capítulo XLI. Retirada	508
Capítulo XLII. Nada que perder	517
Capítulo XLIII. Una venganza eterna	533
Capítulo XLIV. El precio de la guerra	544
Capítulo XLV. Mensaje divino	558
Capítulo XLVI. El auténtico Elegido	575
Capítulo XLVII. Marcha hacia Ne'es	589
Capítulo XLVIII. Una corona en disputa	600
Capítulo XLIX. Atrapados en la Cruz	616
Capítulo L. El objetivo	631
Capítulo LI. Amistades perdidas	639
Capítulo LII. Un presente para Xa'ak Jook'ol	653
Capítulo LIII. Descenso a lo desconocido	662
Capítulo LIV. Los adalides de los dioses	676
Capítulo LV. El cetro dorado	682
Capítulo LVI. Destino	692
Capítulo LVII. El paladín	705
Dramatis Personae	711
Agradecimientos	713

Profecía

*Antes que la búsqueda quede completa
un hijo de la guerra emergerá
de la tierra del bien obsoleta
del fruto del hielo tras mar.*

*Aun el niño sin vida oculto
hasta el día permanecerá
en el que su alma acepte
el poder más alto jamás.*

*La muerte del lazo más unido
la fuerza dará al portador
cuando el futuro sea visto presente
por quien el lazo más fuerte rompió.*

*Un héroe oculto al mundo
destinado a truncar el mal
creado ante la ira de un dios maldito
que ya nunca más renacerá.*





Isla de Apolba

Julia



Berbor



Groathar

Inhuma

Wustenland

Shabel Zess

Shabel Zess





Sonnengott

Mustenland

Alidas

Otrakma

Kaak Chack

Kaak Okol

Tu'ul Rock

Nocha

Kaak Nocha

Kotta Samur

joch K'uj

Capítulo I

Tras la puerta

Otoño de 1869

Una llovizna persistente caía en la noche, cubría de gotas minúsculas los cristales de los ventanucos y empapaba los tablones de madera de las paredes de la taberna. Si uno prestaba atención, podía percibir el repiqueteo suave de la lluvia contra el tejado que, aunque con dificultad, protegía a los clientes de La Bota Borracha del tiempo inclemente.

Con la nueva estación se presentaban las primeras lluvias y el frío riguroso.

Aunque se encontraba en Ardalion, una de las islas meridionales del imperio, era imposible escapar del helor y de la humedad del ambiente, que te atravesaban los huesos a menos que te situaras cerca de la hoguera que ardía en el hogar de la sala común.

Por ello La Bota Borracha estaba llena a rebosar aquella noche. Decenas de personas se sentaban a las mesas, en tanto devoraban carne de cerdo frita y bebían cerveza de cebada en jarras bien colmadas.

Muchos de los que cenaban eran gente de paso; mercaderes y comerciantes que habían decidido pasar la noche en la posada, convenientemente situada a mitad de camino de los dos pueblos más prósperos de la región. En cambio, la barra era territorio de los taciturnos habitantes de Grunjer, el minúsculo pueblucho donde La Bota Borracha se había construido, tan solo diez años atrás.

Uno de los ocupantes de una mesa hizo una seña. Fels abandonó sus cavilaciones, agarró un barril de tamaño medio y empezó a llenar las jarras de sus clientes con abundante cerveza espumosa.

–Hoy vas a sacar un buen dinero, Fels –comentó un hombre con aspecto de granjero desde el extremo de la barra más cercano al fuego. Su mirada se paseaba por toda la sala mientras componía una mueca de disgusto–. Espero que eso no haga que te olvides de nosotros, los asiduos –añadió el hombre con sarcasmo.

–Si hubieras llegado antes tendrías mesa, Otis –repuso Fels, sin levantar la vista de lo que estaba haciendo.

El tabernero se acercó a la mesa que ocupaban dos mercaderes de vino y un par de mercenarios borrachos, y llenó sus vasijas.

–¡Ya puedes poner más! –exclamó uno de los mercenarios, que acababa de apurar la jarra recién servida.

–Como deseéis –respondió Fels con una sonrisa.

Las últimas semanas no le habían sido propicias y al menos las ganancias de aquella noche le proporcionaban cierta alegría.

–Deberías tener un ayudante. Te haces mayor, Fels, y el trabajo de la taberna es demasiado para tus piernas torcidas –comentó Trent cuando el tabernero regresó tras la barra.

–Me las arreglo bien solo –replicó Fels con expresión risueña.

–No decías lo mismo hace un mes –terció Otis–. ¿Qué ha pasado? ¿Es el tintinar de las monedas lo que te ha devuelto la vitalidad?

–Será eso –contestó Fels para eludir el asunto, mientras se apresuraba a servir de nuevo al mercenario.

En realidad, no estaba mintiendo del todo, pues durante las últimas semanas se había sentido más vigoroso, más joven.

A sus casi cincuenta años, la edad le pesaba como una losa, pero, por otro lado, Fels siempre había sido un hombre fuerte, alocado y rebosante de energía en su juventud. Había sido también un guerrero belicoso, que había mantenido su espada afilada hasta hacía pocos años.

Con el dinero ganado en sus correrías había abierto la taberna hacía una década, un negocio con el que confiaba dejar atrás la agitación y ajeteo de su vida anterior. Eso había comportado el abandono del entrenamiento y del ejercicio marcial. No obstante, conservaba una fortaleza impropia de su edad. Aún tenía músculos dignos de un veinteañero, aunque la piel flácida del rostro y su pelo grisáceo le dieran un aspecto avejentado.

–Ese mercenario no va a servir muy bien a su amo mañana –observó Drard, que estaba de pie al lado de Otis–. No entiendo por qué le permite que beba tanto. Los dioses hagan que mañana no deba usar la espada –sentenció mientras daba fin a su propia bebida.

–No deben de quedar ya muchos mercenarios decentes por estos parajes –declaró Otis–. Con tantas guerras y batallas, algunos vivirán en una mansión de oro y la mayoría estará bajo tierra... –Otis se interrumpió. Pareció acordarse de algo y miró a Harold, el tercero de los hombres del grupo–. Esto... Harold, lo siento –añadió con aturullamiento.

–Olvídalo –repuso Harold secamente.

El carpintero se apartó el pelo sucio de la cara y observó la madera agrietada de la barra, ensimismado.

–El imperio se hunde –comentó Drard, molesto–. Mis hijos sirven en Ferien y ahora estarán viajando hacia Zakros para embarcarse en otra guerra estúpida. Si seguimos así, tendrán que sembrar los campos los ancianos y los niños.

–Se ha derramado demasiada sangre, sin duda –asintió Fels mientras observaba a Harold a hurtadillas.

El único hijo del carpintero, Unark, había muerto junto con muchos otros Guardias del Mar en el combate contra los piratas en Elfort.

–¿Y ahora qué? No hace ni un mes escaso de la batalla contra los piratas. ¿Y cuánto hace del asedio a la Resistencia? ¿Un año? Y ahora Marfor *el Loco* envía a los pocos que quedaron vivos contra esos monstruos del sur. ¿Para qué, exactamente? ¿Por oro, por tierras? Que se metan el oro y las tierras por donde les quepan, yo prefiero ver crecer a mis hijos y vecinos que construir tumbas de oro –declaró Drard, furioso.

–Bator te oiga –suspiró Trent–. Lástima que no seas tú el soberano, pues yo te seguiría hasta mi muerte, mi señor –bromeó amargamente el granjero.

–¡Por Drard I *el Sabio*! –proclamó Fels mientras alzaba una jarra semivacía.

Todos los presentes, excepto Harold, levantaron sus bebidas. Tras el brindis el ambiente pareció destensarse un poco. Otis y Drard se enfrascaron en una conversación sobre la siembra otoñal.

Trent, por su parte, observaba con una mezcla de lascivia y abatimiento a una joven que ocupaba la mesa más alejada de la sala común. Pese a su apariencia vigorosa, el herrero sabía perfectamente que la mujer estaba fuera de su alcance, aunque eso no le impedía fantasear.

Fels los observó a todos con una mirada nostálgica. Aquellos hombres eran lo único que le quedaba a él en su vida. Era allí donde su viaje terminaba, donde esperaba poder consumir sus últimos años, alejado de los vaivenes del mundo, acompañado por quienes compartían el mismo destino. Eso era al menos lo que esperaba, aunque desde hacía algunas semanas sus sencillos planes estuvieron amenazados por la sombra negra de la desdicha.

Justo cuando el tabernero se disponía a llevar una nueva tanda de jarras a otra mesa, un golpe y el sonido del viento entrando en la sala lo sobresaltaron. La puerta de la taberna se había abierto con un ruido rechinante. A la sala entraron tres hombres ataviados con petos de cuero, grebas de hierro y un yelmo con visera en las manos. A Fels se le heló la sangre al reconocer, labrada sobre el peto de todos ellos, la insignia imperial: un hacha negra bajo un sol luminoso en un campo verde.

–Vaya, unos rezagados –comentó Otis al ver a los recién llegados.

–Pensaba que los soldados se acantonaban en Haftar y no aquí. ¿O acaso han venido para reclutar a más desgraciados? –dijo Trent, molesto.

Muchos de los parroquianos observaban a los soldados con cautela. Incluso Harold se salió de sus meditaciones para dedicarles una mirada llena de rencor.

El viejo corazón de Fels se puso a latir con violencia. El tabernero cerró los ojos unos segundos, tratando de ocultar sus emociones. ¿Era posible que lo hubieran descubierto? No, eso no era posible, pues había sido muy cauteloso con su secreto; jamás dio pista alguna y estaba seguro de que nadie lo había visto. ¿Entonces, qué? En ese instante, una idea atravesó su cerebro como un rayo: lo habían traicionado.

«No puede ser», pensó con alarma creciente.

Los tres soldados se acercaron a la barra. El que estaba en medio acercaba su mano al cinto, de donde pendía su espada.

«Vienen a por mí. A matarme», concluyó Fels.

Lanzó una mirada rápida a sus amigos, con los que había compartido los últimos años de su vida. ¿Qué harían cuando el soldado desenvainara su arma? ¿Lo defenderían? Si osaban interponerse, Fels sabía que los hombres del rey acabarían con ellos. Ese pensamiento, la imagen de sus conocidos desperdigados por el suelo y envueltos en sangre, hizo que sus tripas se revolvieran. No podía permitirlo. Tal vez, si se entregaba pacíficamente, impediría el baño de sangre.

Fels salió al encuentro de los soldados.

El que parecía el capitán del grupo lo observó mientras sonreía amenazadoramente. Su mano agarró una bolsa de cuero atada cerca de la hebilla y la alzó para que Fels la viera.

—¿Te queda cena para un grupo hambriento, tabernero? —preguntó con tono apremiante.

Fels soltó un suspiro y se inclinó levemente, como si, de repente, le faltase el aire y necesitara recuperar el aliento.

—Por supuesto, mi señor. La Bota Borracha siempre tiene buena comida que ofrecer —respondió con una sonrisa forzada.

—No hay mesas libres —repuso el hombre de la bolsa con desgana—. Y te advierto que no pensamos esperar después de cabalgar durante todo el día bajo la tormenta.

—Las habitaciones tienen mesas propias. Si es vuestra intención pasar la noche aquí, puedo subiros la cena y así dispondréis de una tranquilidad merecida —agasajó Fels a los soldados, ya recuperado del asombro inicial.

El capitán pareció pensárselo, pero, tras echar un ligero vistazo a la lluvia, que seguía cayendo sin cesar, sus dudas se disiparon.

—Tendrá que bastar —contestó, y le entregó dos monedas relucientes—. No tardes —añadió imperiosamente.

—No lo haré. Es la segunda puerta —zanjó Fels mientras les mostraba la escalera que conducía al piso superior.

El tabernero los siguió con la mirada hasta que el último de los hombres del rey desapareció de su vista.

—Más clientes, y estos, por lo que he visto, pagan generosamente —comentó Otis.

—Tiene que ser el oficio mejor pagado de todo el imperio. Si no,

no habría ningún desgraciado que deseara alistarse –intervino Trent, malhumorado.

Pero Fels no estaba pendiente de los comentarios de sus vecinos. Con movimientos mecánicos llenaba jarras de cerveza y partía el pan para la cena.

Recorría su cuerpo un cosquilleo molesto, notaba retortijones en las tripas, las piernas se le habían puesto rígidas y por su mente pasaba un torbellino de pensamientos desordenados. Hacía tiempo que no experimentaba la tensión del combate inminente.

«Que los dioses me protejan», oró Fels sin dejar de observar la escalera que lo llevaba al peligro.

* * *

Con un movimiento rítmico y eficaz, Fels barrió los últimos recovecos de la sala común. Ahora, desprovista de clientes y con la tormenta escampando, sólo se oía el crujido de la madera vieja y los ronquidos de los viajeros que pernoctaban en los cuartos superiores.

Normalmente, Fels disfrutaba de aquel momento de tranquilidad después de una dura jornada de trabajo, pero la inquietud del encuentro con los soldados aún lo hostigaba sin tregua.

De tanto en tanto alzaba la mirada, temiendo que, en cualquier momento, el grupo de soldados se precipitaría sobre él para prenderlo.

«No lo saben, es imposible. Déjalo ya», se animó.

Aún no comprendía la razón por la que había aceptado hacerse cargo de una responsabilidad tan peligrosa. Ya no era un guerrero, ni siquiera un renegado con ideales heroicos. Su único anhelo había sido una vida de paz y sosiego, junto con su mujer y su hijo.

Pero ambos murieron y, cuando pensó que su suplicio había llegado a su fin, una nueva prueba apareció en forma de viejo amigo.

«Maldito sea él y su labia. Malditas sus palabras cautivadoras y maldita sea mi ingenuidad.»

Debería haber rechazado su petición de ayuda o incluso acudir a los oficiales del imperio y delatarlo. Sin duda, los soldados lo habrían recompensado.

Fels apoyó la escoba en una pared, pasó tras la barra y se acercó a una puerta que había en su extremo. Por ella se accedía al sótano, que albergaba la cocina y su humilde hogar. Los peldaños crujieron y, por un momento, el tabernero temió que un escalón se partiera y él cayese rodando por la escalera.

«Podría restaurar este antro, servir vino añejo y carne de cabrito. Ofrecer comidas dignas de un rey en un comedor digno de un rey –meditó–. Podría tomar a alguien que me ayudase y tratar de ampliar el negocio..., pero antes tengo que librarme de ella.»

Al llegar abajo los esperaban dos puertas, ambas cerradas. La primera daba a la cocina y la segunda a su hogar, donde se ocultaba su responsabilidad peligrosa. Fels entró en la cocina con el estómago rugiendo. Pese a todo, el apetito era algo que el tabernero no perdía nunca. Incluso en medio de la batalla más sangrienta, Fels siempre apreció las bondades de un buen bocado.

Dos tímidas velas iluminaban la habitación. Al fondo descansaba un enorme puchero, con los restos del estofado de la noche. Cogió un cucharón de madera agrietada y con parsimonia relleno dos cuencos con el guiso frío.

Comió lentamente el contenido de uno de los tazones, envuelto por la penumbra. Cuando acabó, empezó a desmenuzar la carne y aplastar las patatas del segundo cuenco con una cuchara. Se levantó, cogió el recipiente y con la mano libre agarró una de las velas. Salió de la cocina y se quedó plantado ante la puerta que daba a su casa. Por precaución, la cerraba siempre con llave, no solo por quién pudiera entrar, sino también para impedir que saliera, aunque Fels sabía que aquella era una medida inútil.

Tras depositar la vela en una cavidad de la pared, introdujo la llave en la cerradura y, con un giro cuidadoso, abrió la puerta. La penumbra solo permitió a Fels distinguir el perfil de una cama. En pocos segundos la vista del tabernero se acostumbró a la oscuridad y lo que vio lo dejó sin aliento. El viejo catre estaba vacío y en el suelo se distinguía un rastro intermitente de sangre que conducía a la habitación anexa.

–No, no ahora, no... –susurró con temor.

No era posible que hubiera recuperado ya la consciencia. Su cuerpo aún estaba curándose de las devastadoras heridas recibidas.

Con un movimiento estudiado, Fels agarró una espada mellada que colgaba de la pared. Dejó el cuenco en el suelo y se aproximó al marco de la puerta. Su mano temblaba pese su pasado militar. El fuego del hogar hacía destellar las manchas de sangre del suelo.

–No quiero hacerte daño, soy amigo –se atrevió a murmurar, más por asegurar su supervivencia que la de ella.

No hubo respuesta y Fels finalmente cruzó el cuarto con la espada al frente, dispuesto a lo que fuese.

Con un suspiro de alivio, descubrió el cuerpo de Valra tendido en el suelo, en un rincón de la estancia contigua, aparentemente inconsciente, con el vendaje que la cubría empapado en sangre.

«Puede ser una trampa», reflexionó, aunque lo dudaba.

Con pasos inseguros se acercó al cuerpo inmóvil y tocó uno de los muslos de la mujer con la punta de su arma. Valra no reaccionó y Fels se aproximó.

–Respira, los dioses me protejan –murmuró al percatarse de un leve movimiento en el pecho de la mujer.

Depositó la espada en el piso y, con las fuerzas que le quedaban, cargó con la maga hasta depositarla en su camastro. La mujer mostraba un aspecto horroroso. Su cara estaba cubierta de costras y conservaba algunos mechones cortos de pelo en aquellos lugares en donde el cuero cabelludo no había quedado calcinado. Pese a su apariencia espeluznante, eran las señales de fiereza y determinación que su rostro conservaba lo que realmente aterrorizaba al tabernero.

Fels se dedicó a retirar los vendajes sucios y tratar las heridas abiertas de la mujer. Ella soltó algún gruñido lastimero, pero, para alivio del antiguo guerrero, no despertó. Finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, concluyó su trabajo y la cubrió con una manta de lana limpia.

«Esto lo cambia todo. Ya no puedo esperar más», concluyó.

Había conjeturado que Valra tardaría tiempo en recuperar la consciencia, pero sus cálculos habían sido totalmente erróneos. Tal vez no había considerado en su justo valor el hecho de que fuese una maga de renombre, pero eso ya no importaba: si se había despertado, aunque

brevemente, una vez, lo podía volver a hacer en cualquier otro momento. Y Fels sabía que él no podía afrontar esa situación él solo. Las consecuencias de enfrentarse a Valra en esas circunstancias escapaban por completo a su entendimiento.

Entró en el pequeño cuarto donde acababa de encontrar a la maga y se sentó en la única silla de la estancia, frente a su mesa. Tomó papel, tinta y pluma, pero justo cuando se disponía a escribir la primera línea se detuvo, sin saber cómo empezar. Debía ser precavido, pues no podía desvelar nada: todo debía estar escrito de manera que sólo unos ojos comprendieran lo que se decía. Tras meditar unos minutos, empezó a escribir, con torpeza y dificultad, aunque con cada palabra sentía que se estaba liberando de las cadenas que lo mantenían preso de su promesa.

«Ven y llévatela, ven y déjame vivir mi vida», pensó con alivio.

«Mi señor Valdor Arsent, maestro de Leyes...», comenzó Fels la que esperaba que fuera la última carta que tuviera que enviar.

Capítulo II

Dolor oculto

El calor de verano se alejaba paulatinamente y daba paso a un otoño que se auguraba inclemente. Los bosques de arces y robles de Hervor, abigarrados en colorido y follaje hasta entonces, ahora se secaban poco a poco, con lo que la isla adquiriría un color ocre sangriento.

«Un color adecuado», pensó Erlin, rememorando los incontables peligros ocurridos en Hervor en el pasado.

El muchacho se secó el sudor de la frente, recogió el hacha que Ilka había confeccionado y volvió al trabajo. Llevaba días ocupado y la labor que le quedaba aún era ingente, aunque sus esfuerzos empezaban a obtener resultados y se sentía orgulloso de ello.

El derrumbe de la cueva había destruido todo el trabajo que habían realizado con anterioridad y dejado sepultadas bajo toneladas de roca todas las herramientas y reservas de comida que habían atesorado con esmero. Había supuesto un grave contratiempo, pero no había habido más solución que volver a empezar. Esta vez, se instalaron cerca de la playa, para facilitar la partida.

Habían abatido un árbol al estilo amazónico y Erlin había seleccionado la parte más fuerte y empezado a tallar una canoa bajo el tutelaje de Ilka. El diseño de la nave era semejante a las construidas en el Inhuma, pero Erlin había realizado algunas pequeñas modificaciones de las que se sentía especialmente satisfecho. Recordando las enseñanzas que Eimos le había proporcionado en sus viajes, había modificado el casco redondeado y en su lugar esculpido una proa puntiaguda, que serviría de tajamar y ayudaría a mantener el rumbo fijo en el impredecible océano. También se las había arreglado para tallar un mástil,

que luego afianzaría al fondo del casco. A él fijarían una vela rudimentaria que Ilka estaba cosiendo y que estaba confeccionada con las pieles de los animales que caían abatidos por las saetas y la magia.

Además, la embarcación casi doblaba el tamaño usual de las ligeras embarcaciones amazónicas. Lo que pretendía Erlin era ampliar al máximo la capacidad de carga y robustez del barco, pues necesitaban llenarlo de provisiones en previsión de una travesía larga. Aunque los cambios no agradaron a Ilka, al muchacho le preocupaba sobre todo que esa «cáscara de nuez» –como sin duda la habría descrito Eimos– no resistiría ninguna tormenta. Llegado el caso, tendrían que solicitar la misericordia de los dioses, aunque no les tuvieran ninguna simpatía en aquellos momentos.

Por eso preferían prepararse por sus propios medios: reforzaban la canoa y la vela, cazaban y salaban la carne, fabricaban y llenaban odres de agua... Todo ello sin dejar de vigilar los movimientos de los habitantes de Hervor.

De la maleza emergió Ilka, con su característico porte seguro y ágil. Se había recogido el pelo en una trenza ancha, bastante crecida desde que se había cortado la melena para escapar de Tad Szulk, hacía ya un año. Cargaba una pila de pieles con esfuerzo y con ella se acercó al barco. Entonces las dejó caer pesadamente en el suelo. Las extendió una al lado de la otra hasta formar un cuadrado, después asintió y empezó a coserlas con hilo de cáñamo.

–¿Ya las tienes todas? –preguntó Erlin, sin dejar de golpear el tronco.

Ilka pareció no escucharlo, concentrada en su trabajo, pero antes de que el chico repitiera la pregunta, alzó la voz:

–Sí. Ahora ya solo queda coserlas.

Erlin notó la frialdad de la respuesta. La joven estaba de mal humor desde el derrumbe de su hogar subterráneo. Todo lo que habían construido había quedado enterrado para siempre y volver a empezar había sido laborioso, sobre todo para Ilka.

«Es normal, ella lo hace casi todo», se reprochó a sí mismo. Erlin era consciente de que no era un virtuoso de la manufactura, más bien al contrario, y por ello Ilka se ocupaba de casi todo, a excepción del tallado y vaciado de la canoa.

Tras algunos intentos fallidos de empezar una conversación, Erlin siguió trabajando en silencio durante el resto de la mañana, hasta que se vio obligado a detenerse, con los brazos entumecidos por el esfuerzo. La forma del casco ya estaba casi finalizada y pronto empezaría a vaciar el interior. Sonrió al comprobar que la canoa ya era reconocible.

Dejó caer el hacha con hoja de piedra y se recostó en un árbol de tronco ancho. Por su parte, Ilka había alternado varias tareas para aprovechar mejor el tiempo.

«Sin ella estaría deambulando moribundo por esta isla en el mejor de los casos», reflexionó Erlin mientras observaba la habilidad de su amada.

Rebuscó entre sus ropas y sacó la esfera dorada de su bolsillo, ese artefacto que se le hacía más familiar a medida que lo exploraba más y más. Tras la revelación que obtuvo al lado de las ruinas de la cueva, había buscado nuevos caminos dentro de la esfera, viajando tan profundo como la razón le permitió adentrarse. Buscaba repetir lo que había sucedido años atrás, en el *Azote de los Vientos*. Sin embargo, no había encontrado ninguna solución, ni indicio alguno de que pudiera realizar ese viaje místico.

«Quizá sea el momento de dejar atrás la prudencia», se dijo. Hacía mucho tiempo que la esfera no suponía un problema para él: lo único que consiguió en su última rebeldía fue expulsarlo de sus dominios. Tal vez la parte del dios que la joya encerraba ya no podía agredirlo.

El tiempo pasaba y pronto dejarían Hervor. Quería solucionar ese problema antes de partir, apartado del mundo civilizado.

«Apartado de Marfor», admitió.

Perdido en los brillos de la esfera, Erlin decidió dar el paso y abandonar la cautela. Se concentró y forjó un puente sólido con la esfera dorada. Cuando las barreras cayeron, Turmar se abalanzó hacia la libertad, con instinto destructivo e indómito. No obstante, Erlin estaba preparado y, como otras veces, dominó la embestida divina.

En vez de adueñarse de su energía, la mente de Erlin entró en las profundidades del artefacto, en los dominios de Turmar. Más allá de los sentidos, Erlin percibió la extensísima esencia del dios, su amalgama de sentimientos, muchos incomprensibles. Pero, por encima de to-

dos, percibía una profunda repulsión, que escondía una ira y un rencor alarmantes.

Tras los primeros embates, Turmar se calmó y perdió interés en el muchacho. Entonces, más relajado, Erlin sondeó el espacio cercano a la puerta de salida, a su vía de escape.

«Tal vez sea ese el problema», se repitió.

Haciendo acopio de todo su valor, dejó atrás la puerta y se adentró más de lo que nunca había hecho conscientemente. Con un espasmo de pánico, se percató de que alguien cerraba la puerta y que se hallaba encerrado en el interior de la esfera.

La esencia del dios se interesó de nuevo en su presencia. El aura del divino rodeó su existencia mientras él peleaba por no perder la compostura. Percibía la curiosidad, la alegría y la agresividad de Turmar, que lo envolvía.

«Me tiene donde quería», pensó Erlin con horror.

Y de repente Turmar lo arremetió con todo su poder. A su alrededor se arremolinó una vorágine de energía que lo atacaba, golpeaba su integridad y buscaba destruirlo. Su esencia, un punto blanco en medio del rojo incandescente, perdía intensidad y consistencia por momentos.

«No debo flaquear», se obligó. Lo había conseguido en el pasado, no iba a ser peor esta vez. Se mantuvo firme y soportó las acometidas. El dios, furioso por su resistencia, aumentó la fuerza del envite, pero Erlin aguantó con valentía.

«No puedes conmigo, soy tu dueño», pensó Erlin sin saber por qué, pero ese pensamiento le dio fuerzas.

Y, tan rápido como había empezado, todo terminó. La esencia de Turmar aún lo rodeaba, pero ya no había agresividad hacia él, ni rabia, ni curiosidad, tan sólo desprecio. Al no poder destruirlo, había perdido interés en él. Ahora, con el dios domado y situado en el centro de su poder, era el momento para Erlin de ejercer su voluntad.

«Condúceme hasta las piezas, muéstrame donde están», pensó. Turmar escuchó la orden en silencio y, al poco, abrió una nueva puerta, una brillante. Erlin la estudió con desconfianza. Pero volvió a abandonar toda prudencia y atravesó el portal.

No sentía los latidos de su corazón, ni la respiración. Simplemente, no sentía. Flotaba sin esfuerzo en el aire y se iba elevando por momentos. A sus pies se empequeñecía cada vez más una isla que reconoció como Hervor. Su vegetación frondosa y ocre cubría como un manto casi toda su superficie, desde la costa hasta las cimas de las montañas.

Se mantuvo allí en el aire durante unos instantes, observando, hasta que recordó su propósito.

«Hacia el sur», ordenó mentalmente.

Sabía que Marfor tenía su pieza al norte, en la isla de Oris, en concreto en el castillo de Kansid, y aún recordaba la reacción del tirano cuando irrumpió en su castillo. No quería volver a sufrirla. Una fuerza invisible lo propulsó hacia lo que creía que era el sur. La velocidad emborronó su vista hasta que el azul del mar se confundió con el del cielo. Notó que descendía en picado y, justo antes de estrellarse contra el agua, se detuvo en una penumbra desconocida.

Tras unos momentos de incertidumbre, Erlin se acostumbró a la escasa luz del lugar. Se encontraba en una habitación de paredes de madera cubiertas de alfombras y tapices lujosos, finamente adornados con bordados detallados. La estancia se balanceaba rítmicamente, y los objetos de metal y cristal tintineaban delicadamente.

Descubrió un brillo dorado en un rincón.

«¿Qué significa esto?», se alarmó Erlin. ¿Alguien habría sacado la tercera pieza de las cuevas magmáticas? El siguiente descubrimiento le heló la sangre: el brillo provenía de la espada dorada. Un guante oscuro empuñaba el mango, y una figura envuelta en sombra, que hasta entonces le había pasado desapercibida, se levantó. Su armadura de metal emitía un halo fantasmagórico. Sus ojos mostraban una ira sin límites. Esa mirada iba a perseguir a Erlin en sus pesadillas...

La espada se iluminó hasta deslumbrarlo y Erlin supo que algo horrible estaba a punto de desatarse.

«Llévame a otro sitio», suplicó Erlin. Un rayo de energía pura brotó de la espada e incendió toda la estancia, pero Erlin se desvaneció antes de que lo alcanzase.

Cuando abrió los ojos, volvía a encontrarse surcando los cielos a una velocidad inimaginable. Seguía volando hacia el sur, atravesando

mares, campos, bosques y montañas. La tierra cada vez se volvía más agreste, hasta llegar a desiertos rocosos de color sombrío.

«Debo de estar en Otrakma», recordó de los libros que los *lufs* le habían enseñado en Athalia. El muchacho dejó atrás los afloramientos de roca interminables para dar paso a unas montañas negras de cima cóncava.

«Los volcanes del sur. El hogar de los magmáticos.»

Llegó a una montaña de magnitudes inconmensurables y, de repente, Erlin descendió, fundiéndose con la roca, atravesándola como si fuera un mar pardo. Descendió muchos metros entre la oscuridad perenne, hasta llegar a una sala con una sola luz dorada que iluminaba las estalactitas cercanas a ella, aunque sumía al resto del espacio en la negrura.

Erlin bajó levitando los últimos metros y se encontró delante de un cetro dorado. Estaba esculpido someramente, recorrido por inscripciones en lengua arcana. A diferencia de las otras dos piezas de Turmar, aún tenía la marca del dios en relieve.

Un impulso desconocido le hizo ansiar la pieza, así que avanzó hacia el altar que sostenía el cetro.

Pero entonces un sonido profundo, gutural, inundó su esencia. A su espalda descubrió unos ojos rojos que lo miraban sin expresión alguna. Al primer magmático se le unieron otros, algunos cayendo desde las alturas, levantando una nube de polvo y haciendo retumbar el suelo. Rodearon el altar y a Erlin.

Él los miró cauteloso, pero todos se mantuvieron quietos, en silencio. Se preguntó a qué esperaban, temeroso de hacer cualquier movimiento. Al final, no obstante, la esencia que lo guiaba, lo catapultó fuera de la sala. Su cuerpo espectral se movió más rápido que nunca y la mente del joven se sumió en la inconsciencia.

* * *

—Erlin... —oyó en la lejanía.

La cabeza le daba vueltas y notaba un suave balanceo.

—¡Erlin!